

contrario á su historia. Entonces María, en la plenitud completa de sus facultades, y en contestación correspondiente á tal atentado, dijo que mal podía en aquel momento abrazar cualquier otra religión, cuando iba por elección de Dios á ser mártir verdadera de la Iglesia católica, y de sus dogmas sacrosantos. Continuó, pues, rezando por su alma, según la liturgia católica, y empezaron á rezar también los Lores protestantes, según su propia liturgia. Y aquellas dos oraciones, diversas y opuestas, que se habían combatido desde los altos tronos y tanta sangre habían derramado en los campos de batalla, uniéronse ambas, sin duda, en los senos del mismo Dios y en las profundidades del mismo cielo. Púsose María de hinojos y besó la imagen de Cristo con fervor. Una vez besada la sacratísima efigie, creyó que ninguna oración podía ser tan acepta como la oración dicha en las aras mismas del sacrificio y pidió á Dios que concediese paz al mundo, consuelo á los afligidos, salud á los enfermos, conformidad á los atribulados, perdón á sus perseguidores, fe á los perseguidos, auxilios al Papa, victorias á la Iglesia, próspero y justo reinado á su hijo, luz á la Reina, religión á Inglaterra; y abriendo los brazos como Cristo los abriera en la cruz, apercibióse al sacrificio con tal efusión y caridad y amor, que todos los circunstantes lloraron de sincero é ingenuo dolor y hasta cayeron algunos derribados en el suelo cubriéndose con las manos el rostro, cual si no pudieran resistir el albor de la eternidad, que reverberaba ya en las sienas de aquella Reina mártir. Concluida la oración levantóse del suelo y dió los dos pasos necesarios para ponerse junto al tajo. El verdugo se acercó á María en aquel momento para desnudarle la garganta; y dijole con dulzura que tenía dispuestos otros ayudas de cámara. Llamó á sus dos azafatas predilectas, que la descifieron jubón, cuello y corpiño, llorando y sollozando. La Reina misma las confortaba y les ponía sus dedos sobre los labios diciéndoles cómo no era ocasión aquella de llorar, sino de sonreirla y envidiarla y regocijarse, cuando la veían romper las cadenas del mundo y salir de su abrumador cautiverio. Despojada de manto, velo y cuello, volvióse á los suyos y les dió su bendición. Al verla, el verdugo soltó el hacha que tenía en las manos y le dijo que no podía matarla sin contar antes con su perdón. Díósele con serenidad á él y á todos cuantos le habían hecho daño; cerró por última vez los ojos á la luz cubriéndolos con el pañuelo apercibido para tan triste caso; arrojóse de rodillas al suelo; cogió entre las manos el Crucifijo; y aguardó erguida la muerte. No había medio de matarla con el hacha como no doblase la cerviz y pusiese la cabeza sobre el tajo, pues cual un tallo robusto, que desafía la tempestad manteníase la soberana erguida con altivez en tan supremo instante. El verdugo le advirtió que debía bajar la cabeza, y bajóla, gritando como náufrago que para siempre, allá en los abismos del mar se sumerge: «¡Dios mío, en tus manos encomiendo mi alma!» El verdugo estaba de tal suerte perturbado y tenía la mano tan poco firme y segura que no acabó con ella como debió acabar del primer golpe; antes por el contrario la hirió en la nuca horrible-

mente, dándole, sí, un gran dolor, pero sin darle por modo alguno la muerte. El valor heróico de María llegó al extremo de no hacer un estremecimiento, ni proferir un quejido, aguardando con toda serenidad en horribles angustias á que secundasen el golpe. Lo secundó el verdugo, y la hermosa cabeza cayó sobre las tablas. María es respecto de la revolución religiosa lo que fueron Carlos I y Luis XVI respecto de la revolución política. Los Reyes se acongojaron, y el mayor de todos ellos, Felipe II, envió su armada invencible contra la Reforma, como habían de mandar más tarde los Reyes europeos sus coaliciones contra la revolución francesa. El viento de los cielos dispersó nuestra escuadra; y perdimos bajo el cadalso de María Estuardo la primera armada que había visto nuestra historia y que aún llevaba en sus topes los laureles de Lepanto. A consecuencia de todo esto, la revolución espiritual se consolidó en Escocia, Inglaterra, Holanda, Suecia, Dinamarca y el Norte de Alemania. Con Felipe II la reacción había llegado á su mayor pujanza y con la derrota de Felipe II la revolución á su mayor victoria. Pues tal revolución es premisa de la revolución francesa, como el cadalso de María Estuardo es anuncio del cadalso de María Antonieta. Siempre que se habla del terror francés y de los regicidios franceses no pueden menos los amantes sinceros de la verdad histórica que recordar al mundo cómo los Reyes han cometido; cuando lo han juzgado necesario, no ya regidios en sus colegas, verdaderos parricidios, al derramar la sangre de sus próximos parientes. La revolución democrática inmoló á los Reyes de Francia, ni más ni menos que la revolución religiosa inmoló á la Reina María Estuardo en Escocia; ni más ni menos que la reacción feudal inmoló al Rey Pedro I en Castilla, rematado por su propio hermano don Enrique de Trastámara; ni más ni menos que los horribles despotismos europeos, el despotismo religioso en España con Felipe II y el despotismo filosófico en Rusia con Pedro *el Grande*. cometieron dos parricidios en la seguridad completa de que tamaños crímenes los aconsejaba la razón de Estado y los pedía la salud y el bien de sus respectivos Imperios. Lo mismo Antonieta que María dejaban de considerar con la debida circunspección, si les era dado sobreponer ó no á la revolución religiosa y á la revolución francesa el dogma eclesiástico y el derecho político en que se habían una y otra criado. Combatieron á brazo partido con dos grandes principios y encontraron en este combate la muerte. Nada tan análogo como el destino de ambas princesas, ni nada tan demostrativo como su cumplimiento de que, dadas las mismas circunstancias y el medio ambiente mismo, se repiten á través de los siglos y de las distancias idénticos fenómenos sociales como si fuera el espacio infinito un espejo, y sólo un espejo, del humano pensamiento. Llevaba la revolución religiosa representada por Lutero y Calvino un impulso tan grande como el que antes llevara la revolución artística representada por Leonardo de Vinci ó Rafael de Urbino; como el que antes llevara la revolución planetaria cumplida por Cristóbal Colón y Vasco de Gama; como el que antes llevara la revolución monárquica, de que salieron los varios Estados, unos, re-

presentada por Fernando V, Luis XI, Enrique VII; como el que después llevara la revolución filosófica que personificaron Bacon y Descartes; como el que después llevara la revolución universal que con tantos títulos representaron estos titanes de la revolución francesa, cuyas huellas jamás podrán borrarse de las sociedades humanas; y al levantarse contra movimientos así, tan seculares y tan invencibles, dos débiles y hermosas mujeres, debían ser arrolladas, pues combatieron ambas por un verdadero imposible. Cometerían una y otra muchas faltas, y ninguna hemos llamado, á fuer de historiadores veraces; más debemos confesar que sobre las dos pesaron moles tan ciclópeas como las que ruedan en magnos fragmentos por el Universo y las aplastaron sin piedad como son aplastadas tantas voces débiles y canoras y bellas avecillas, á pesar de no haber hecho mal ninguno, en el combate y en el choque de las fuerzas mecánicas á que solemos llamar adverso hado, siendo el cumplimiento de ineludibles y divinas leyes.



CAPÍTULO VIGÉSIMO

El Diez de Agosto

ARALELO extenso y largo el hecho entre María Estuardo y Antonieta Lorena. Mas sus desmedidas dimensiones muestran que así como, dados una estación en el tiempo y un clima en el espacio, se dan, merced á ellos, la flora y la fauna con ellos congruentes; dados ciertos períodos de la Historia, ciertas fases del espíritu, estados análogos de la conciencia y de la voluntad colectivas, se dan los mismos personajes, y estos personajes se desarrollan en sendas historias análogas, y cumplen ministerios y fines sociales idénticos en su esencia y sustancia. Oponiase con todas sus fuerzas la infeliz Estuardo á un movimiento religioso, el cual era producto de las herejías nacidas con el Cristianismo y desarrolladas con su desarrollo, y en estas herejías gran parte de antiguo tocó á la tierra donde reinaba y á las familias, ó sangre, consustanciales con su familia é idénticas con su complexión é índole propias; y oponiase, á su vez, la infeliz Austriaca, con todas sus fuerzas también, á una revolución política, indeclinable consecuencia de la revolución filosófica, brotada ésta en Francia primero por las alturas de sus escuelas teológicas, cual Abelardo demuestra; desarrollada luego por las alturas de sus escuelas filosóficas, cual demuestra Descartes; transcendente al espíritu popular con la Enciclopedia, cual demuestran Diderot y D'Alambert; difundida por el sentido común en las obras polémicas de Voltaire; pasada por una indeclinable ley del desarrollo lógico á la política, mediante los libros de Montesquieu, apologista del régimen parlamentario, y de Rousseau, apologista del régimen democrático, hasta que los Estados